

Jorge Luis García Pérez “Antúnez”: La doble orfandad

Miguel Fernández
Escritor y Periodista



“Antúnez”

Islas, en su primer número, dedicó la sección Prisioneros de Color al luchador por los derechos civiles, y a la sazón prisionero político y de conciencia, Jorge Luis García Pérez, “Antúnez”. El artículo que ahora presentamos, después de su liberación y tras haber pasado 17 años tras las rejas, ofrece una nueva perspectiva de su vida y del régimen carcelario al que fue sometido.

El preso político cubano Jorge Luis García Pérez (Antúnez) sobresalió entre los más de trescientos encarcelados en Cuba por no haber cedido en sus denuncias de la tortura cotidiana. Negro y pobre, sin lazos con intelectuales ni acceso a la prensa extranjera, Antúnez pagó un alto precio desde que fuera detenido (1990) por expresarse contra el gobierno en la plaza pública de su pueblo natal (Placetas, en el centro de la Isla). Durante su paso por diversas prisiones compiló datos y recuerdos que verían la luz en el

volumen *Boitel vive*, un libro testimonial sobre casi 16 años de cautiverio, que editaron el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) y la Fundación Adenauer. La progresía mundial sale hoy a las calles con camisetas y pancartas de Lennon y Che Guevara, pero se nota ya la falta de figuras disidentes más dignas, como Antúnez, quien acaba de ser liberado tras cumplir 17 años de cárcel.

Dice Antúnez que deplora ver a su pueblo natal en ruinas, como si hubiera salido de la guerra, y repleto de carteles con amenazas. “Hay una regresión. Yo estaba preso cuando empezaron a cambiar los vehículos, los equipos electrodomésticos, la ropa de la gente, pero es cierto lo que oí en la prisión sobre el ahondamiento de las diferencias sociales”.

La gente de Placetas vino a saludarlo y a darle una mano, como dicen los cubanos, para demostrarle que aún puede paliar la pérdida irreparable de su madre. “Eso me deja el aliento de que estos 17 años no han sido en balde”.

Antúnez no tuvo oportunidad de visitar a su madre enferma. Todavía siente el peso del ensañamiento de las autoridades carcelarias contra él. “Me pasaron mil veces de una prisión a otra, de una celda pestilente y sucia a otra horrorosa o más”. Tenía 25 años de edad y era un joven lleno de esperanzas, pero lo arrancaron brutalmente de su entorno social por manifestarme abiertamente contra el régimen imperante y exigir derechos.

Ahora confirma que no se siente derrotado y que su silencio no está en venta: “Seguiré mi lucha como sea. No quiero regresar a prisión, pero no voy abandonar lo que tanto me costó mantener”. “Si las cárceles son las mismas, la

represión ha aumentado, hay más presos, más golpes —reflexiona Antúnez—, ¿por qué voy a parar?”. “Lo mejor de Cuba no puede extinguirse en las prisiones”, agrega. De ahí su énfasis en abogar por la liberación incondicional de todos los presos políticos.

En el presidio político Antúnez quedó doblemente abandonado a su suerte: por disidente y por negro. Tiene la convicción de que en Cuba dicen que no hay racismo, “pero lo dicen bajito”. Y argumenta que el racismo se utiliza como herramienta de la política represiva del gobierno. “Te pongo un ejemplo: en los países democráticos puede haber una manifestación de racismo, un hecho racista, pero las leyes te protegen contra eso. En Cuba no. Ser negro delante de un tribunal cubano constituye una agravante. Si eres opositor, peor para ti, porque nos echan en cara que todo lo que somos lo debemos a la revolución”.

Antúnez recuerda que desde niño escucha la letanía de que en los Estados Unidos echan los perros a los negros. Reciclan una y otra vez la misma imagen que se popularizó en la Isla gracias al documental *Now* (1968), de Santiago Álvarez. Pero Antúnez no ha salido de Cuba y la policía política acabó por echarle los perros: ahí están las marcas de las desgarraduras en un muslo. “He sido víctima del racismo, oigo las voces ahí, diciendo: Negro, te vas a morir... negro, prepárate que ahí van los perros”. Antúnez resume su experiencia carcelaria con la máxima de que no es lo mismo ser un negro opositor que un blanco opositor: “un preso político negro sufre más que otro blanco”.

Sin embargo, la mezcolanza racial en Cuba sirve de tabla de salvación. Ahí está la frase de Martí “para romperle [a Castro] la

cabeza con un martillo: Hombre es más que negro, más que blanco, más que mulato”.

Entre miles de anécdotas, Antúnez prefiere contar una sobre el jefe de la prisión de Guantánamo, que siendo negro postuló: “Nosotros tenemos que besar la tierra por donde pisa nuestro Comandante en Jefe”. Antúnez repuso: «Esa la besará usted, que tiene alma de sumiso, pero yo no, porque pienso que los negros tenemos el mismo derecho a luchar por nuestros derechos, como hicieron Martin Luther King, Jr. y Elías Biscet. Los negros no tenemos que adoptar posiciones sumisas ni entrar en complacencias con nada ni con nadie”.

Antúnez sintió doble rigor carcelario por ser negro, y “eso se tiene que acabar”. En la prisión Kilo 8 fundó (1995) la organización de presos políticos Pedro Luis Boitel, en recordación del líder estudiantil que murió abandonado en una celda tras declararse en huelga de hambre. “Pensamos que la mejor manera de enfrentar a los esbirros era uniéndonos, y así lo hicimos. Al principio sólo éramos presos políticos, pero después se unieron los comunes, y así surge el Movimiento Nacional de Resistencia Cívica Pedro Luis Boitel”. Los líderes del movimiento fueron dispersados por todas las prisiones de la Isla, pero aquello fue como regar semillas: surgieron grupos por todas partes, que constituyen tribunas de defensa de los derechos humanos dentro de las cárceles.

Para Antúnez estar ahora fuera de la cárcel es seguir estando preso, por la falta de libertades dentro de la Isla. “La situación de ahora mismo es intolerable por mucho tiempo. Hay que cambiar el sistema, sin odios ni rencores, pero hay que cambiarlo, y cambiarlo para bien. El espejo son los hombres y mujeres del gobierno

y su nivel de vida, en comparación con nosotros y las condiciones infrahumanas que atravesamos”.

Antúnez aclara que “las heridas están abiertas, pero se van a cerrar. Yo no le guardo rencor a nadie. A Kilo 8 entré en 1994 y nadie puede imaginar lo que puedo contarle de allí. Me amarraban a unos barrotes y me golpeaban con palos de marabú, con la *tonfa* (bastón) de plástico y con la *tonfa* de hierro. No hay respeto ahí por la vida humana, llevan a los hombres para que se dobleguen”.

Antúnez vio autoagredirse a presos con la sola intención de salir al pasillo, o tirarse desde una azotea porque no aguantaban más. También vio al jefe de Orden Interior asesinar a golpes en el comedor (junio 19 de 1995) al recluso Samuel Simpson González, quien había cedido su almuerzo a otro. Vio a reos esposados por días y días. Él mismo lo estuvo durante varias semanas.

“Son atrocidades que, cuando las cuentas, te dicen que es mentira, porque nadie las puede creer”, acota Antúnez, quien estuvo forzado, en cambio, a vivir las todos los días.